

Eje IV: "Hacia una comunidad organizada y un Estado transformador". Nueva estatalidad, democracia y movimientos populares

Mesa 14: Democracia y organizaciones populares

Título de la ponencia: **Democracia: realidad y aspiraciones**

Autor: **Yael Ademir Ardiles** (UNC).

Resumen

Como una de las ideas más antiguas de la organización humana, la democracia, aún en estos días, continúa siendo analizada, resignificada y actualizada cíclicamente. El desarrollo de las siguientes reflexiones en torno a la esencia de la misma, parte de la pregunta por la tolerancia. Como señalara Marx en alguna oportunidad, "todos dependemos de las revoluciones de todos" para avanzar en la historia, y en occidente pareciera que todos dependemos de una gran revolución democrática para superar las restricciones políticas y económicas que impone el gran capital a los Estados democráticos, entendiendo que éste último es el sistema político más tolerable para la convivencia social de este momento histórico.

Pero como no sirve hablar de la democracia en abstracto para pensar los 40 años de la recuperación democrática en Argentina, y con la vocación de arribar a otra democracia posible, ensayamos hablar de democracia y hablar del Estado, de gobierno y burocracia, de política y administración, de violencia y diálogo.

Palabras clave

Democracia, tolerancia, desigualdad, planificación, Estado.

1. Algunos fundamentos políticos, interpretaciones filosóficas y límites teóricos de la democracia contemporánea

1.1- "Es inútil engañarse: la democracia en grande ya no puede ser más que una democracia representativa que separa la titularidad del ejercicio para después vincularla por medio de los mecanismos representativos de la transmisión del poder." (Sartori, G. 1992; 26) Así concluía Giovanni Sartori, uno de los padres de la política comparada, el debate sobre el carácter de la democracia que, al parecer, lo relacionaba a un problema

de articulación por escalas. En todo caso, el italiano aclaraba con sutileza que el modo descriptivo en que se define a la democracia nunca coincidiría con el modo prescriptivo. Si tomamos la magnitud escalar de la democracia, podemos pensar a las sociedades contemporáneas de occidente como 'sociedades orgánicas', donde la diversidad y el disenso integran la idea de la concordia del conjunto. También lo podemos esquematizar en 'sociedades de socios', donde lo público se divide y articula en mayorías y minorías, en las que el primer grupo gobierna, prevalece y decide reconociendo los derechos del segundo grupo.

Sartori también coloca un interrogante central para pensar los límites de esta democracia liberal, cuando advierte que de la mano de la democracia y el asunto de las escalas, además, viene el problema de la intensidad, que indudablemente es expresión de la tendencia anárquica que encierra la democracia. Puesto que, mientras mayor sea la intervención directa del pueblo, mayor intensidad adquieren los conflictos en una sociedad, lo cual es paradójico porque la decisión directa del pueblo es un modo de refrendar la democracia, a la vez que los conflictos podrían escalar al punto de asfixiar por completo a la democracia. ¿El problema, entonces, es que el pueblo no sabe autogobernarse? Si la democracia presupone la política como paz ¿es necesaria la dominación? ¿De verdad no hay alternativa?

Sin mucho esfuerzo, podemos tensionar la idea de 'sociedad de socios' a través de los supuestos de Downs, que desde la teoría de la elección pública señala el carácter empresarial de los gobiernos en los Estados democráticos y sostiene la hipótesis de que la finalidad del gobierno es conseguir la renta, el poder y el prestigio que supone gobernar:

En una democracia, los partidos políticos formulan su política estrictamente como medio para obtener votos. No pretenden conseguir sus cargos para realizar determinadas políticas preconcebidas o de servir a los intereses de cualquier grupo particular, sino que ejecutan políticas y sirven a grupos de intereses para conservar sus puestos. (...) En una democracia, esta hipótesis supone que el gobierno siempre actúa para maximizar su caudal de votos; es un empresario que vende política a cambio de votos en lugar de productos a cambio de dinero. Además, debe competir con otros partidos para obtener esos votos, igual que dos o más oligopolios que compiten para vender en un mercado. (Downs, A. 1992; 96)

Desde esta lógica, donde los gobiernos son instituciones dirigidas por personas que actúan primariamente en función de sus propios intereses, la sumisión de los gobiernos a los grupos de presión que articula el gran capital no es irracional o deshonesto, es la forma de competir políticamente en una democracia que convive con la distribución desigual de la renta, del poder y del prestigio, es decir, una democracia con élites. Y,

como describiera de manera similar Mannheim a las formas esenciales de la formación de élites en la historia, los principios de sangre, la propiedad y el rendimiento son aparatos de selección combinados de la democracia moderna. (Mannheim)

Wolin, a diferencia de Sartori, desconfía de la democracia liberal y el carácter monolítico de las élites en el poder del Estado. Con Sartori, la igualdad sólo podría alcanzar niveles de realidad si antes se garantiza el requisito de libertad. En cambio, Wolin habla de una democracia burocrática para la era de la organización, debido a que presta atención a la dinámica de los individuos en la sociedad de masas. Una democracia que se construye de arriba hacia abajo debería no ser tan democrática, y esto se debe en parte a que el autor contrapone los principios de burocracia y democracia porque ubica un clivaje entre los principios de centralismo y autonomía. Éste autor manifiesta otro rol para las élites de la democracia burocrática, ya que ellas deberían estar dispuestas a suicidarse paulatinamente:

"El administrador es responsable de los procesos vitales de un sistema político. Para cumplir con eficacia sus fines, es menester que logre el consenso de los miembros; pero consenso, en la era de la organización, no connota autogobierno, y mucho menos la idea de participación tal como era practicada en el antiguo sistema político. Significa, en cambio, compromiso, que es algo muy diferente. Compromiso es la receta especial de una época de masas en que los hombres se hallan aislados, y sus vidas despersonalizadas y tristes (...) El objetivo de la élite es, por ende, convertir a los hombres neutrales en un sistema político comprometido." (Wolin, S. 1960; 461)

Desde esta lógica, las tareas asignadas a la democracia burocrática y sus administradores, por un lado, puede entenderse como la perfección de la organización, ya que equivale a verdadera democracia, y la verdadera organización es igualdad. Por otro lado, a gobernar, manipular, integrar o conducir a las masas de arriba hacia abajo. Complementario a esto, Downs remarca de manera perspicaz que "la forma en que cada gobierno decide en la realidad depende de la naturaleza de las relaciones fundamentales de poder entre los gobernantes y los gobernados." (Downs, A. 1992; 111)

Una de las corrientes más importantes en el diseño de la democracia, es la que se ordena atrás de la idea de la planificación. Entiende que el tránsito de la democracia de minorías representativas, la democracia liberal, a una democracia de masas sólo es viable si se logra estructurar un Estado con capacidad de absorber demandas públicas. Karl Mannheim es uno de los pioneros en pensar la transición de la época del laissez-faire a la sociedad de masas, este sociólogo alemán entendía que: "planificación no significa forzar las entidades sociales, ni una voluntad dictatorial de sustituir la vida creadora. Significa un ataque consciente a las fuentes de las deficiencias del aparato de la sociedad a base del conocimiento de todo el mecanismo social y de la entidad

viviente: no una cura de síntomas, sino una intervención en los resortes convenientes, con clara conciencia de los efectos remotos." (Mannheim, K. 1934 [1960]; 102)

Otra vez, la vuelta a la idea de 'sociedad orgánica' pero desde otro enfoque, ya que este autor evidencia que el problema de la sociedad moderna no tiene que ver con el gran número de individuos, sino con el hecho de que las instituciones liberales no hayan alcanzado la articulación orgánica que necesita la sociedad de masas. El gran fantasma o desprestigio que ronda alrededor de la democracia planificada, en todo caso, tiene que ver con las fallidas experiencias socialistas del Este durante el S. XX que tanto defenestra Sartori, y es la supresión de la diversidad y el disenso, de suprimir la autonomía de los individuos frente al Estado. Pero no se puede negar que la descripción realizada por Mannheim sobre la incapacidad de las instituciones liberales no compone, aún, parte de nuestra realidad.

1.2- Así, como Sartori reconoce dos igualdades distintas: 1) la oportunidad como igual acceso, igual reconocimiento e igual capacidad que promueve la meritocracia porque depende centralmente del talento de los individuos para ascender socialmente; 2) la oportunidad como igual punto de partida, iguales condiciones de bienestar para hacer desaparecer la ventaja de ricos sobre pobres. Vale señalar que estas definiciones de igualdad no dejan de estar inscriptas en la lógica de oportunidad capitalista de competencia. Eduardo Rinesi especifica en otro sentido, tres tipos de libertades: 1) libertad liberal de los ciudadanos frente a los poderes exteriores a ellos; 2) libertad democrática, como la libertad de los ciudadanos para intervenir activamente en el espacio público; 3) libertad republicana, como la libertad colectiva del pueblo frente a los poderes que obstaculizan su realización y necesita de un Estado fuerte.

Rinesi también establece el supuesto de que un régimen político democrático será más fuerte y más robusto cuanto más consiga estimular y garantizar los tres tipos de libertad que identifica. Aunque señala dos problemas que la democracia debe superar inevitablemente. El primero, la tensión que surge entre la democracia vertical y la democracia horizontal y la capacidad que tenga la sociedad para democratizar la democracia. El segundo problema es la capacidad que tengan esas democracias de garantizar, para esas ciudadanías, un creciente número de libertades y de derechos.

Éste autor señala en un libro de escaso volumen de páginas, algunas características distintas a los autores anteriores en cuanto al tipo de democracia a la que aspira:

"la postulación de la igualdad que está en la base de la reivindicación de cualquier derecho como derecho introduce un saludable desacomodamiento, un desacostumbramiento, un escándalo que es la savia vital del tipo de democracia dinámica, progresiva (no resignada ni adaptada a ningún molde, sino inquieta y abierta en infinitas nuevas direcciones), que aquí querríamos postular. Una democracia liberal,

popular, republicana y emancipatoria, alejada de cualquier acomodamiento administrativo o gerencial, y atenta al murmullo o al grito de lo que en este libro hemos llamado política. Que quizás pueda pensarse exactamente como la capacidad para seguir experimentando —por debajo o por detrás de las instituciones, las prácticas y los pensamientos que reproducen la injusticia— ese dichoso escándalo de la igualdad." (Rinesi, E. 2020; 51)

Por otro lado, Rancière, que también escribió un libro sobre la democracia, ofrece por lo menos dos ideas a tener en cuenta: la democracia como un juego de concesiones de las oligarquías para obtener un piso mínimo de legitimación. En este caso, la democracia sería un Estado de Derecho: un sistema de leyes, garantías y división de poderes, un conjunto de procedimientos en el cual están las elecciones y protocolos políticos que no cuestionan nunca el poder oligárquico, de los ricos, de los poderosos, el poder de los pocos. La otra idea que presenta Rancière sobre democracia es el 'gobierno de cualquiera': que cualquiera pueda gobernar. Lo cual es bastante profundo porque significaría que no hay un requisito legítimo que distingue al gobernante del no gobernante. Por ejemplo: el gobierno de los sabios (dominio de las leyes: parlamentarismo) o el gobierno de cuna (derecho de nacimiento: monarquía). Cada uno de esos títulos que se enuncian como condición de legitimidad para gobernar son restricciones a la democracia, porque en realidad la democracia sería que cualquiera, sin título de ningún orden, pueda gobernar. En extremo, se podría gobernar no a través de elecciones, sino a través de sorteos, que le tocarían a cualquiera. Esa doble idea que tiene Rancière sobre la democracia quizás sea un poco la herencia de la revolución francesa en el pensamiento político francés actual, una especie de paradoja de doble sentido de democracia: una democracia real completamente restringida, pero al mismo tiempo un principio de igualdad radicalizado, anárquico. (Rancière)

1.3- ¿Es la democracia el gobierno de los iguales o de los desiguales? ¿Los principios de la democracia abstracta sirven para describir el movimiento de lo real? La pregunta clásica de la Ciencia Política, el por qué obedecemos, sirve para describir el síntoma que resulta de una causa: llámese dominación, opresión, explotación, alienación, desigualdad, etc. Pero no nos ofrece emancipar el horizonte de sucesos, y en una coyuntura tan crítica para la vida democrática argentina, es prudente animarse a responder el por qué desobedecemos a las causas que nos trajeron hasta aquí, el por qué es legítimo desobedecer.

La democracia contemporánea es, ante todo, un complemento del gobierno político. Una forma de producir orden social que se distingue de otras formas de gobierno. El dato irreductible del gobierno político continúa siendo una sociedad de gobernantes y gobernados, que es el fundamento por el que existe la política en sí. Ahora bien, ¿cuánta

distancia entre desiguales tolera nuestra democracia? Hay una contradicción intrínseca entre el principio igualitario de la democracia y la práctica ontológica y estructuralmente desigualitaria del capitalismo, que por un lado tiende a formas de mercado con Estado de Derecho y, por otro, es incapaz de producir momentos de igualdad política efectiva (Sztulwark).

La democracia argentina encuadra una valoración general en dos sentidos: todo lo que falta son las deudas de la democracia, lo que no se pudo hacer. Y todo lo que significa no estar en democracia, salirse de los márgenes democráticos, es peor, no se debe hacer. Es decir, estamos ante una imposibilidad teórica y política de superar democráticamente el actual orden de cosas sin salirnos de los marcos acordados a partir de 1983. En la coyuntura actual, no se logran hacer las reformas económicas, sociales y políticas que una democracia, incluso restringida en términos capitalistas, necesita para subsistir porque existe lo que algunos han denominado como 'estado paralelo' o 'estado de excepción', es decir, grupos de presión que bloquean esa posibilidad debido, en parte, a lo que denuncia Downs como intereses particulares de los grupos dirigentes. Y a partir de este diagnóstico, estamos asistiendo a una regresión de la democracia en términos institucionales, una tensión entre la dinámica de la democracia y el funcionamiento de la república.

En este punto volvemos a preguntar ¿si es legítimo desobedecer, cuándo ocurre esto? Sartori se cuestionaba acerca de los mecanismos de defensa de los individuos en los casos donde existe una concentración de poder excesiva en el Estado. Entendiendo que los ciudadanos no están al servicio del Estado, sino que el Estado democrático está al servicio de los ciudadanos, contrario a la fórmula del Estado totalitario. Otro elemento que podría complementar la preocupación del italiano es el presentado por Marx, quien entendía que una masa de humanidad absolutamente sin propiedad se vuelve intolerante, es decir, una revolución se hace contra un poder que se vuelve intolerable, y la intolerancia es un factor material que se puede medir, por ejemplo, a través de los niveles de desigualdad en una sociedad, pero también es una construcción subjetiva como lo es la legitimidad.

Durante el año 2004, cuando Argentina y la región eran un hervidero, Alberto Parisi teorizó sobre la democracia y la crisis. Esto lo llevó a elaborar un mapa de la crisis, donde mostraba en cinco puntos los principales síntomas de la misma, que afectan al modelo de desarrollo social y al crecimiento económico del país: a) Estado sin legitimidad, Estado sin autoridad, sin capacidad de generar orden; b) Corrupción e ineficacia de los políticos profesionales; c) Desarticulación de los partidos políticos; d) Intensa concentración, desregulación y especulación financiera en el marco de un siniestro endeudamiento externo y presiones del FMI; e) Geopolítica alineada durante

los '90 a EE.UU. En relación a dichos síntomas, el autor plantea tres claves para pensar la esencia de la crisis argentina: "a) es verdad, no sabemos de tiempos, ya que la crisis no puede medirse voluntariamente por la extensión de nuestra vida personal y nuestra perspectiva; b) tampoco sabemos con certeza de resultados, porque nada ni nadie nos garantiza una salida necesariamente positiva; c) como sabemos, la crisis no es un fenómeno sólo y principalmente nuestro, sino que es constitutiva del contexto regional y mundial en el cual también vivimos y se juegan nuestros destinos" (Parisí, A. 2004; 9). Con una visión, quizás, alejada de Sartori y más cercana a Rinesi, concluía que la deuda de la democracia con los derechos sociales tiene que desarrollarse mediante una interacción social conflictiva para avanzar en más derechos, más inclusión y más participación ciudadana.

Parisí coloca al elemento 'conflicto' como condición necesaria para que nuestro modelo de desarrollo social y crecimiento económico pudiera avanzar en aquellas condiciones, dos décadas atrás. La incógnita que arrastra este supuesto es ¿cómo organizar el conflicto, cómo conducir un conflicto, con quiénes y contra quiénes? Sea desde arriba y desde abajo, contra el Estado, desde el Estado y más allá del Estado, la única condición de posibilidad de articulación de la actividad política pasa por la presencia de una estrategia. Frente al indispensable elemento estrategia, que muchas veces se la encasilla despectivamente como acción voluntarista, Arellano Gault nos dice:

"Negar que la estrategia se encuentra inserta en un mundo hambriento de certeza, y que el modelo racional es la principal fuente en la que abreva su voluntarismo, sería una mentira fatal. La racionalidad es un espacio humano muy poderoso, sin lugar a dudas, un nicho que debemos romper y transformar para salir de esta especie de "guerra fría" teórica entre el voluntarismo y el determinismo. Pero caer en el extremo de decir que no existe ni una pizca de voluntarismo en cada ser humano y que todo está determinado, con lo que terminaremos diciendo que la racionalidad existe, en forma múltiple. Esto, creemos, sería buscar la puerta falsa y hacer una "fuga hacia adelante", sin acatar responsabilidades y cayendo en un nihilismo extremista, cuando lo que realmente se quiere es andar congruentemente hacia adelante.

La estrategia, por tanto, es un esfuerzo por encontrar una relación cada vez más estrecha entre la sociedad, los individuos y sus organizaciones, en un mundo esencialmente interrelacionado.

De esta forma, tenemos perspectivas que procuran establecer la naturaleza de la racionalidad otorgándole un espacio dentro de los distintos ámbitos de la realidad. Tanto la decisión racional como organizacional, al igual que la decisión política o burocrática, comienzan a entender que se requieren unas a otras, pues aisladamente explican con certeza sólo parte de un fenómeno específico." (Arellano Gault, D. 2010; 14)

2. Crónicas de nuestra democracia

Finalizada la guerra fría, la globalización neoliberal se impuso sobre aquellos sistemas políticos autoritarios y totalitarios que perdieron consenso. En el caso local, la coyuntura de 1983 encuentra a las ansias de libertad de los sectores populares, con los intereses de un neoliberalismo ansioso de competir libremente dentro del mercado nacional que restringía en cierta forma la dictadura militar. Sin frenos que lo detuviera, más que la débil y fragmentada resistencia popular que hizo lo posible por detener la avanzada, el neoliberalismo arrasó con los sectores estratégicos de nuestro país por medio de desregulaciones y descentralizaciones que dislocaron las luchas de la clase trabajadora ¿Qué significó la crisis del 2001? La intolerancia de un pueblo contra un poder, el agotamiento de una sociedad frente a la apatía de una clase política que, corporativamente, ignoró durante años las demandas públicas. Esto deriva en una dinámica actualizada de gobernantes y gobernados: incluidos – excluidos, donde los incluidos concentran la riqueza social y ejercen un poder con capacidad de dirigir a sectores de la clase política argentina, mientras que los índices de exclusión del mercado formal se asemejan a condiciones de posguerra.

La democracia que conquistamos en 1983 no fue un regalo ni el resultado del mejor proceso de diálogo, fue consecuencia de procesos de lucha permanentes. De esa violenta puja durante la transición democrática emergió una nueva clase social: la clase política. Debido a que la transición democrática no alcanzó la estabilidad y fortaleza necesarias para mantener activo un proceso con capacidad de dar pasos irreversibles, el Pacto de Olivos reafirmó el carácter monopólico de la clase política argentina. Esta afirmación se verifica con el correr de los años, cuando vemos que, a pesar de la voluntad social de la mayoría, la orientación de los gobiernos que ganan las elecciones no puede salirse del modelo neoliberal.

De esta forma, pasaron cuarenta años donde el balance refleja lo que varios autores señalaron sistemáticamente: nos encontramos con gobiernos empresarios que venden política a cambio de votos; con instituciones liberales que no alcanzan la articulación orgánica necesaria para la sociedad de masas; con una democracia de élites que privilegia una conducta de solidaridad corporativa entre sus expresiones teóricamente enfrentadas. La lógica empresarial del neoliberalismo que se desplegó a la par de éste ciclo democrático, permeó al conjunto del sistema político argentino. El deterioro de la voluntad transformadora de muchos jóvenes se debe a estas dinámicas excluyentes. Como todo monopolio, el de la política también persigue privilegios económicos y antepone la vocación de ocupar lugares en el Estado por sobre un proceso que mejore

efectivamente la calidad de vida de la ciudadanía. La profesionalización de la militancia política durante los '90 es una consecuencia nítida que continúa hasta nuestros días.

En cuarenta años aprendimos que con democracia no se come, no se cura ni se educa. Pero la democracia sí es contingente a la propia desigualdad que genera la corporación política, el peligro está en la tentativa de correrse de los márgenes democráticos pero retrocediendo pasos cuando de lo que se trata es de superar dificultades. Las sociedades se vuelven permeables cuando chocan con sus límites, y una salida positiva de la crisis actual es completar democráticamente lo que no pudo brindar este ciclo histórico de la democracia republicana. Conforme pasan los años y los gobiernos en Argentina, es necesario avanzar hacia una democracia participativa, institucionalmente inclusiva, en un proyecto nacional para un mundo globalizado que vuelva a calibrar las dinámicas estatales como el federalismo o la integración regional. La participación pierde sentido si no se traduce en decisiones, si no modifica el orden de cosas, se avanza o se retrocede.

3. La democracia posible

*"El timón en la mano puede generar ampollas,
por eso hay que ir en colectivo,
pero hay que hacerse cargo."*

Juan Valdés Paz

Decíamos anteriormente, el neoliberalismo de fin de siglo innovó en el diseño institucional y de gestión de nuestro Estado nacional, ensayando desregulaciones en algunas áreas claves de la actividad económica y descentralizando estructuras nacionales, como por ejemplo: educación y salud. Una dinámica aparentemente opuesta a esto, es la historia estatal del S. XX, donde la construcción de la democracia fue centralizada y desde Buenos Aires, el centro de poder, porque en las provincias no se desarrolló. Y en consecuencia, desde las provincias se empieza a asentar un sentido común de reclamo al centro, las oligarquías del interior se paran en una idea de federalismo, pero es más bien un interiorismo, una lucha del interior con la capital, pero no un reclamo esencialmente federal.

La centralización suele vincularse ligeramente como la ausencia de democracia, mientras que la descentralización estaría recubierta de una peligrosa valoración positiva: peligrosa en la medida que no se cuestione qué y para qué descentralizar. Esta dicotomía no nos ayuda a entender el movimiento real, si tomamos en cuenta que cierto grado de centralización seguirá siendo necesario en función de la estrategia de desarrollo, la

política social, la defensa y seguridad nacionales, entre otros. El proceso de descentralización en curso significa, más bien, que nos estaremos moviendo "de un determinado patrón de centralización/descentralización a otro patrón diferente." (Valdés Paz, J. 2009; 48) Y esto no puede hacerse sin un nuevo paradigma de intervención mediante un Estado planificador.

Aspirar a la construcción de otra democracia posible no puede ser un ejercicio mentado, controlado, en equilibrio y armonía; escapa a los parámetros esperados, se llena de errores, pero su defensa tiene que iluminar cada paso de los comprometidos desde una base fundamental: no tendremos más democracia si nos creemos la posibilidad de entendimiento honesto con quienes nunca contribuyeron a nuestra libertad, ni en 1810, ni en 1955, ni en 1976. Tenemos un enemigo con discurso de Mesías, esperando por tragarse nuestra cultura, identidad y bienes en una cena de domingo (Lugo). Contra el corporativismo de la clase política que busca estabilidad en el manejo de la crisis, de forma bastante ambigua por cierto, hay que reconstruir la práctica de la discusión pública, analizar mejor la coyuntura y alimentar un paradigma teórico emancipador con mucha lectura y escritura.

Entender la presión social como herramienta necesaria es importante. Esta presión será más valiosa, si se organiza en diversos instrumentos y no se desparrama con espasmos que pueden quedar estancados. Raúl Scalabrini Ortiz señalaba con agudeza, pasada la mitad del siglo XX, el problema de la desarticulación y aislamiento de la voluntad del pueblo y sus representantes en el gobierno:

"Es en estos países coloniales donde más se habla de libertad y democracia. Pero no libertades concretas y efectivas de los individuos ni de verdadera democracia en cuanto ella significa respeto al pueblo, reconocimiento de que su voluntad es la única fuente de poder. Se trata de libertad para que el dominador pueda imponer su política represiva y extender su voluntad de extenuación. Libertad para la acción de sus monopolios, libertad para imponer precios de conveniencia, libertad para desbaratar toda tentativa de organización resistente. En una palabra: libertad de acción para el capataz de los esclavos, no para los esclavos (...) Todos estos países subordinados tienen también ejércitos y escuadras que desfilan gallardamente ciertos días del año. Pero los ejércitos y las escuadras se mantienen aislados del pueblo, para que no llegue hasta ellos la voz de sus disconformidades. Además, en su último caso, como son instituciones piramidales, sólidamente jerarquizadas por la disciplina, es suficiente convencer a un pequeño grupo de sus más altos jefes. A veces basta con un general y un almirante" (Scalabrini Ortiz, R. 1973; 258).

"La planificación fue una de las ideas-fuerza más importantes del siglo pasado. Su desaparición ha coincidido con el ocaso de la aspiración que alguna vez tuvo la clase

obrero de crear un mundo que excediera los miserables límites de las relaciones sociales burguesas." (Arboleda, M. 2021; 29) La planificación tiene que ser democrática en cuanto busca incentivar la participación popular por medio de instrumentos que encuadren el horizonte a alcanzar, a las metas propuestas. Y ésta última, tiene que estar articulada a la estrategia emancipadora: tiene que cubrir demandas en función de una estrategia de poder con vocación hegemónica, no con vocación del éxito electoral, inmediato, del 'gano y después veo'. Construir poder es lo que ordena la política, los sectores organizados del neoliberalismo tienen autoridad y poder en el Estado sin ganar elecciones.

"El regreso de la antigua cuestión sobre la planificación, aparece entonces como un importante terreno de batalla sobre el que se vislumbran los términos concretos de una futura política de la prosperidad" (Arboleda, M. 29), o, en palabras de Sztulwark, pensar qué implica la organización de modelos de felicidad. "El conocimiento histórico de las contradicciones y de las potencialidades de la planificación económica, puede servir a la imaginación táctica y estratégica de nuevos movimientos de masas que hoy buscan recobrar esta antigua ambición futurista" (Arboleda, M. 2021; 30).

Bibliografía

- Giovanni Sartori. *Elementos de teoría política*. Madrid, España. Alianza Editorial, 1992.
- Anthony Downs. *Teoría económica de la acción política en una democracia*. En *Diez textos básicos de ciencia política*. España. Editorial Ariel, 1992.
- Sheldon Wolin. *Política y perspectiva*. Buenos Aires, Argentina. Amorrortu editores, 1960.
- Karl Mannheim. *El hombre y la sociedad en la época de crisis*. Londres, Reino Unido. Editorial La Pleyade, 1934 [1960].
- Eduardo Rinesi. *La política*. Buenos Aires, Argentina. Ediciones UNGS, 2020.
- Jacques Rancière. *El odio a la democracia*. Buenos Aires, Argentina. Amorrortu editores, 2006 [2020].
- Diego Sztulwark. *La ofensiva sensible. Neoliberalismo, populismo y el reverso de lo político*. Buenos Aires, Argentina. Caja Negra Editora, 2019.
- Alberto Parisí. *Democracia, dominio de lo público y exclusión (Una reflexión sobre la crisis argentina)*. En *Revista Conciencia social*. Córdoba, Argentina. Universidad Nacional de Córdoba, 2004.

- David Arellano Gault. *Gestión estratégica para el sector público. Del pensamiento estratégico al cambio organizacional*. México, D.F. Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Juan Valdés Paz. *El espacio y el límite. Estudios sobre el sistema político cubano*. La Habana, Cuba. Instituto cubano de investigación Cultural Juan Marinello, 2009.
- Lugo Llanisca. *No sentimos vergüenza de querer la revolución*. La Habana, Cuba. Fundación de investigaciones sociales y políticas, 2021.
- Raúl Scalabrini Ortiz. *Bases para la reconstrucción nacional. Aquí se aprende a defender la patria. Tomo I*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Plus Ultra, 1973.
- Martín Arboleda. *Gobernar la utopía. Sobre la planificación y el poder popular*. Buenos Aires, Argentina. Caja Negra Editora, 2021.

Bibliografía recomendada

- Jorge Bercholz. *El Estado y la emergencia permanente*. Buenos Aires, Argentina. Lajoaune, 2007.
- Daniel Madeo. *La hora del federalismo. Análisis y propuestas para la Argentina*. Buenos Aires, Argentina. Lajoaune, 2016.
- Atilio Borón. *Reflexiones sobre el poder, el Estado y la revolución. El tema del poder en el pensamiento de izquierda en América Latina*. La Habana, Cuba. Editorial Espartáco Córdoba, 2006.
- Miguel Ángel Pérez Pirela. *Del Estado posible. Crónicas de una revolución*. Caracas, Venezuela. Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2006.
- Roberto Cirilo Perdía. *Prisioneros de esta democracia*. Buenos Aires, Argentina. Editorial De la Comarca, 2018.
- Mario Eduardo Firmenich. *Eutopía. Una propuesta alternativa al modelo neoliberal*. Buenos Aires, Argentina. Ediciones del pensamiento nacional, 2004.
- Juan Carlos Portantiero. *La producción de un orden. Ensayos sobre la democracia entre el Estado y la sociedad*. Buenos Aires, Argentina. Ediciones Nueva Visión, 1988.
- Karl Marx. *La ideología alemana (I) y otros escritos filosóficos*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Losada, 2010.
- Luis Emilio Aybar Toledo. *Centralización y democracia. La visión del Che*. En La Tizza. La Habana, Cuba. Disponible en: https://medium.com/la-tiza/centralizaci%C3%B3n-y-democracia-la-visi%C3%B3n-del-che-aec1e07605a6#_ftn1



I Congreso del Pensamiento Nacional Latinoamericano
8, 9 y 10 de junio de 2023
Universidad Nacional de Lanús (UNLa)
Lanús, Provincia de Buenos Aires, Argentina